





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2008, Edna Iturralde

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-106-1

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loquele Ecuador: Octubre 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Verónica Mosquera

Ilustración: Tito Martínez

Corrección de estilo: Nicolás Jara Miranda

Diagramación: Diana Novillo

Autoría de actividades: Joan Ashwell

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# La casa que el bosque se tragó

Edna Iturralde

Muestra  
promocional  
Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleg



*Dedico este libro  
con mucho amor  
a mi esposo, Bruce,  
y a mis hijos menores,  
Teddy y Nicholas,  
porque juntos construimos  
la cabaña de troncos  
en el bosque del condado  
de Worcester, Nueva York.  
Y a mi suegro, Henry Kernan,  
por su incansable labor  
en Charlotte Forest.  
¡Qué divertidos  
y hermosos recuerdos nos dejó  
nuestra aventura arquitectónica!*

Índice

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana

Capítulo uno.....	11
Capítulo dos.....	20
Capítulo tres.....	26
Capítulo cuatro.....	35
Capítulo cinco.....	45
Capítulo seis.....	52
Capítulo siete.....	60
Capítulo ocho.....	68
Capítulo nueve.....	78
Capítulo diez.....	84
Capítulo once.....	93
Capítulo doce.....	104
Capítulo trece.....	110
Capítulo catorce.....	118
Capítulo quince.....	125

Capítulo dieciséis.....	133
Capítulo diecisiete.....	140
Capítulo dieciocho.....	149
Capítulo diecinueve.....	157
Capítulo veinte.....	165
Epílogo .....	173
Cuaderno de actividades .....	179

## Capítulo uno



Elisa tenía la piel blanca, casi transparente, los ojos celestes cristalinos y el cabello de un rubio claro que se difuminaba con la luz de las velas que alumbraban aquel salón. Sus movimientos eran tan sutiles que pareció flotar hacia unas cortinas floreadas y casi desvanecidas. Cualquiera, al observarla en ese momento, podría haber sospechado que se trataba de la aparición de una niña de once años. Y hubiera acertado: Elisa era un fantasma.

11

Cuando recorrió las cortinas, estas dejaron al descubierto una ventana. Una extraña ventana, por decir lo menos, puesto que era un cuadrado oscuro, con una negrura tan profunda y lisa que reflejó la resuelta expresión de su rostro.

Elisa se detuvo a escuchar. El único ruido era un rítmico ronquido que indicaba que quien lo producía estaba durmiendo profundamente. Pensó que por ahí no habría problema, miró hacia un lado y al otro, se aseguró de que nadie más estuviera allí y, con mucho cuidado, introdujo la punta del dedo índice en aquella negrura que la ventana enmarcaba. Sintió que se hundía en un líquido tibio y no pudo evitar dar un pequeño grito de asombro.

De pronto, cesaron los ronquidos y se escuchó una tos. Ese tipo de tos exagerada y falsa que los adultos utilizan para indicar disgusto.

—Cof, cof, cof, cof. ¡Está prohibido! ¡Eso no se hace! —objetó una voz masculina con un indudable tono de mando.

Era el almirante Jonathan W. Kraig quien hablaba desde su retrato, que colgaba encima de un sofá. Posaba en el puente de mando de su nave, con toda la regalía militar de su cargo; el uniforme en rojo y azul, las charreteras doradas y una banda celeste atravesando el pecho.

Del puño izquierdo de su uniforme salía una mano entre los encajes para agarrar con firmeza el timón. La otra sujetaba la empuñadura de oro de su espada.

Elisa optó por no escuchar. Insertó el dedo aún más adentro. Lo meneó sin que nada lo impidiera. Un empujoncito más y del otro lado percibió el viento. ¡Ah, que emoción sintió Elisa! Desde hacía algunos días, tenía el enorme deseo de comprobar si podría salir allí. De las demás ventanas y puertas tan solo existían los contornos dibujados en las paredes.

—¡Peligro a bordo! ¡Peligro a bordo! —gritó el almirante con una voz que retumbó por toda la casa.

Elisa lo miró, molesta, a pesar del cariño que sentía por él.

—¡Ay, tío Johnny! ¡Qué gritón eres! —se quejó antes de cerrar las cortinas y esconderse detrás de ellas.

—¡Ta, ta, ta, ta...! ¡Qué falta de respeto! —se lamentó el almirante Kraig.

Atraída por sus gritos, una dama vestida con un traje de seda negra y mantilla de encaje se despertó y bajó de otro cuadro que se encontraba en el salón, junto a la chimenea. Al hacerlo, su cabeza se desprendió, pero ella, sin inmutarse, la puso bajo un brazo, dejó caer la mantilla al suelo y se acercó al retrato del almirante.

—Ejem, ejem. *Milady*, habéis perdido la cabeza otra vez —advirtió este.

Doña Ágata Ortega y San Millán se colocó sobre el cuello cercenado una cabeza de oscuros cabellos peinados en un moño sostenido por una gran peineta. Sus ojos negros parecieron echar chispas al dirigirse al almirante.

—Os he pedido reiteradamente que no me llaméis *milady* —reclamó doña Ágata—. Odio las palabras en vuestra lengua, me hacen hervir la sangre en las venas. Bueno, me hacían cuando corría sangre por ellas —se corrigió y continuó—. Podéis llamarme *infanta*, *señora* o *doña*, pero nada que me recuerde a los enemigos de España.



—¿Infanta? Me sorprendéis. ¿Acaso no es *infanta* como se nombra en España a la hija del rey?

—Sí. Tenéis razón, almirante. Pero la hija primogénita de la reina Isabel de Castilla y el rey Fernando de Aragón, doña Juana, y yo éramos como hermanas. ¿Comprendéis? —contestó doña Ágata levantando, desafiante, la barbilla.

16

—*Oui, madame* —el almirante utilizó el francés para evitarse más problemas.

—Cuando viajé a In-gla-te-rra —doña Ágata masculló la palabra como si la triturara— fui acusada injustamente y...

—Y os cortaron la cabeza —terminó el almirante la frase con voz aburrida.

Conocía de memoria la historia. Doña Ágata había sido juzgada y condenada por brujería en Londres.

—¡Fue por una niñería! —se defendió doña Ágata.

—Me siento en derecho de contradeciros, *madame*. Al fin y al cabo encontraron

en vuestro equipaje una figura atravesada con alfileres que tenía un gran parecido con el rey de Inglaterra —recordó el almirante Kraig.

—¡Bah! Un detalle que asustó a los miedosos ingleses —repuso doña Ágata y, abriendo el abanico que llevaba colgado de una muñeca, lo agitó, furiosa.

—Me permito recordaros, *madame*, que yo soy inglés aún después de muerto —insistió el almirante y continuó adoptando una pose arrogante— y puedo aseguraros que no hay un solo inglés que sepa lo que es el miedo.

—¡Ja! —se burló la dama española con tanta fuerza que su cabeza volvió a zafarse, sin embargo, alcanzó a sostenerla antes de que cayera—. Mejor decidme a qué peligro os referís en vez de hablar de frivolidades —añadió apuntándolo con el abanico cerrado.

Ante esto, el almirante Kraig tembló de coraje de tal manera que el marco de su retrato se golpeó contra la pared.

17

—¿Frivolidades, *madame*? Os recuerdo que nosotros somos conocidos por parcos y vosotros, por parlanchines —contraatacó el almirante antes de volver al tema principal—. El peligro se encuentra allí, escondido detrás de las cortinas. Alguien trató de salir por la ventana —y señaló con la barbilla.

18

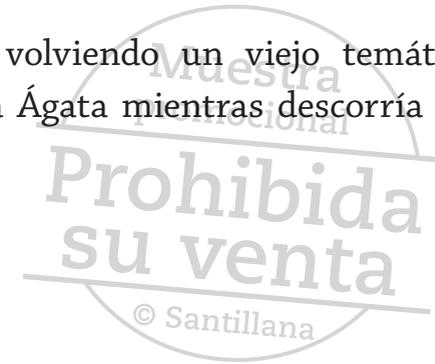
Doña Ágata lo miró incrédula. Esa era la ventana prohibida. La Visitadora los había traído justamente atravesando esa ventana y no era el caso que ella lo hubiera prohibido, puesto que nunca había hablado del tema (ni de ese ni de ningún otro), pero era algo que de alguna manera todos lo sobreentendían.

—Escuchad, almirante, nadie... querría... hacerlo... —doña Ágata habló despacio, aparentando dirigirse a un niño pequeño.

El almirante frunció las espesas cejas con disgusto.

—¿Nadie, *madame*? Os suplico que descorráis la cortina —sugirió en un falso tono de amabilidad.

—Os estáis volviendo un viejo temático —se burló doña Ágata mientras descorría las cortinas.



19

## Capítulo dos

20 —¡Aaay! —gritó doña Ágata al encontrarse con Elisa, lo cual causó que su cabeza se desprendiera y rodara debajo de una mesita.

Elisa fue a recogerla.

—¿Qué hacéis aquí? —interrogó doña Ágata una vez que se colocó la cabeza.

Elisa bajó el rostro y pareció muy interesada en las puntas de sus botines blancos. El almirante habló por ella:

—Introdujo el dedo en la ventana y me pareció que tenía el propósito de pasar al otro lado.

—¿Estabais dispuesta a hacerlo? —indagó doña Ágata parpadeando repetidamente.

—Pues... Pues... Sí —contestó Elisa y sus labios temblaron.

—Vamos, vamos, querida niña. No es para ponerse triste —la voz del almirante se tornó suave.

Elisa explicó que se sentía aburrida.

—Puedo daros clases de brujería, digo, de magia —ofreció doña Ágata—. Las pociones para convertir a los impertinentes en sapos son muy divertidas y no volverás a sentirte aburrida —añadió mirando de reojo hacia el cuadro del almirante.

En ese momento apareció un joven fantasma de abundante cabellera castaña y el rostro cubierto de barba rubia.

—Eh, *bambina* —se dirigió a Elisa en italiano—, acabo de escuchar que te aburres. Yo sé lo que necesitas para entretenerte —dijo pasándose una mano, que más parecía una garra, por los cabellos.

—¿Qué, tío Lupo? ¿Qué? —preguntó Elisa ilusionada.

—¡Amigos que te lleven a disfrutar de las más fantásticas aventuras! —anunció Lupo.